

Semblanzas y enseñanzas de don Manuel Casamar, o la historia extravagante de un conservador del siglo xx: del *Trágala* a Internet (I)

Santiago Palomero Plaza
Museo Sefardí
Toledo
Clara López Ruiz
museos.es
Madrid

Santiago Palomero Plaza es doctor en Prehistoria y Arqueología por la Universidad Autónoma de Madrid (2004). Ha sido director del Museo de Cuenca y del Museo de Segóbriga, así como de diversas excavaciones arqueológicas. Funcionario del Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos desde 1995, ha desempeñado el cargo de Subdirector del Museo Sefardí (Toledo) cuyo montaje mereció el Premio de la Real Fundación de Toledo y la nominación como «Museo Europeo del Año 1995». Desde el año 1992 es Académico Correspondiente en Toledo de la Real Academia Conquense de Artes y Letras, y en 1995 es nombrado Patrono de la Real Fundación de Toledo. Ha publicado numerosos artículos en materia de arqueología, museología y patrimonio. Entre 2007 y 2010 fue Subdirector General de Museos Estatales del Ministerio de Cultura y en la actualidad es Director del Museo Sefardí.

santiago.palomero@mcu.es

Clara López Ruiz es licenciada en Historia del Arte y D.E.A. en Prehistoria y Arqueología por la Universidad Autónoma de Madrid, donde lleva a cabo su tesis doctoral. Ha desarrollado su trayectoria profesional en la UAM como personal investigador y, desde el año 2005, es la secretaria de redacción de la revista *museos.es*. Ha participado en proyectos de investigación sobre arqueología y género, tema sobre el que ha publicado diversos artículos.

clara.ruiz@mcu.es

En el mes de diciembre de 2009 pudimos realizar varias entrevistas en la Biblioteca del Museo Nacional de Artes Decorativas a don Manuel Casamar. Una gran mesa redonda, una grabadora y un ambiente de tertulia de rebótica, como la que hacía en la Alhambra en su juventud, eran un escenario perfecto para seducir al decano de los conservadores de España para que nos contara su historia y sus historias. Todos y cada uno de los días se presentó inmaculadamente vestido con traje y con corbata a juego, y en vez de disimular su edad, se acompaña con un bastón que le da casi un aire de viajero permanente del *Grand Tour* (figura 1). Casamar tiene una cabeza casi perfecta, por dentro porque le cabe todo lo que sabe, y por fuera, porque sus facciones son las de la sabiduría. Luce una cabellera blanca muy cuidada; su gesto serio de sabio es compatible con una fina ironía; sus facciones y sus arrugas son muy elegantes y serían el sueño de cualquier retratista. Sus labios se mueven con la precisión de un tenor, sólo para decir lo justo. Podíamos estar entrevistando a Séneca o a Cicerón, mientras este podaba libros-rosas en su jardín de una villa en el *suburbium* de Roma. No pierde nunca la compostura, pero de vez en cuando golpea levemente con su mano en la mesa, para aseverar ideas o con más energía para criticar algo que le incomoda. En suma, un hombre muy atractivo y elegante.

Transcribimos aquí el resultado de esas conversaciones con el añadido de

algunos textos, de sus propias memorias personales inéditas que, con su proverbial generosidad, nos ha permitido consultar. El interés radica, aparte de en la profesionalidad multifacética ya conocida del entrevistado, en poder recorrer con él una parte sustanciosa de la historia de los museos en España, en una época en que las aventuras culturales eran una auténtica epopeya.

No ha sido tarea fácil, porque su espíritu rebelde a los posibles homenajes (heredado de su maestro don Manuel Gómez Moreno) se ha resistido numantínicamente a un género que detesta. Resumiendo, todavía a sus casi noventa años, Casamar es mucho Casamar y hemos tenido que urdir una cierta trama con amigos, nuestros y suyos, formada por Paloma Acuña y Jesús Carrobles de la Real Fundación de Toledo, para que, poco a poco, fuese accediendo a la entrevista y sobre todo a que nos permitiese grabarla, ya que el primer día se negó en redondo. El peso de la entrevista lo llevamos Clara, la secretaria de redacción de la revista *museos.es*, un servidor, y uno más, Bruno, que estaba en la placenta materna de Clara, oyendo a uno de los últimos sabios integrales que quedan vivos. Me sorprendió mucho la ternura de Casamar con ese *nasciturus* y la lección increíble que estaba recibiendo Bruno de un viejo sabio que podía cantar completo el *Trágala* en la era de Internet. Espero que los lectores disfruten de esta humilde lección de un sabio («todos los



Figura 1. Don Manuel Casamar y Santiago Palomero durante la entrevista el 10 de diciembre de 2009.

sabios lo son» Casamar *dixit*) de los que saben, entre otras cosas, latín de verdad.

El modo de abecedario de esta semblanza es en realidad un diccionario alfabético y vital de las ciudades por las que él pasó y de las que pasaron por él, porque se trata de una persona dúctil y cariñosa, que se deja querer inmediatamente, pero que no deja indiferente a nadie, porque dice lo que piensa y lo que siente. Es un gran amigo de sus amigos y de sus presuntos enemigos habla muy poco. Es paradójico y sorprendente; por ejemplo, aunque es de tendencia conservadora en algunos aspectos, incluido el político (herencia de la disciplina militar de su padre), sin embargo es absolutamente progresista y casi rebelde en otros. Transitó sin problemas con el franquismo porque es un hombre de orden, a pesar de ser un hijo espiritual de la Institución Libre de Enseñanza, de la que se declara ferviente admirador; católico y creyente en plena «poscruzada» era firme defensor del Concilio Vaticano II y nada amigo del Opus entonces tan de moda entre gentes del poder; vanguardista en la forma

de exponer, cuando los conservadores de museos españoles eran muy conservadores; abierto a la ciudad del museo en el que trabajaba frente a la tendencia de otros compañeros de encerrarse en su museo y en sus piezas; exquisito en el trato con los anticuarios, pero muy firme en la defensa del patrimonio español, aunque se ganara algunos silbidos cuando levantaba la mano para ejercer el derecho de tanteo o retracto en las subastas.

No vive en una casa normal porque, como Borges, él es también su biblioteca de casi 200 m² y con más de 50.000 ejemplares repartidos por todo hueco existente en su hogar. Generoso ya la ha donado, en gran parte al Centro Juan de Mariana de Toledo, así como a la propia biblioteca del Museo Nacional de Artes Decorativas donde hacemos la entrevista. En suma, si tuviésemos que resumir en una frase su bonhomía, no estaría mal la que dio Valle Inclán para el Marqués de Bradomín: hombre de orden, católico y sentimental, pero quizás en orden inverso.

No vive en una casa normal porque, como Borges, él es también su biblioteca de casi 200 m² y con más de 50.000 ejemplares repartidos por todo hueco existente en su hogar

Alcalá de Henares-Aranjuez (1920-1936): Infancia y adolescencia

Una infancia feliz a pesar de las dificultades de la época. Así podríamos resumir «los felices años veinte» del niño Manuel Casamar, Manolito para todos en aquellos tiernos años.

Cuando le preguntamos su primer recuerdo de la infancia no tiene ninguna duda: «El primer recuerdo que tengo es el de la casa donde nací, en la pequeña calle de Bustamante de la Cámara, entre las plazas Mayor y San Diego, de Alcalá, de un balcón, la escalera muy empinada y un gato. Debo tener dos años escasos».

Así de preciso será siempre Casamar a lo largo de la entrevista, una memoria prodigiosa y ninguna duda. Sólo por curiosidad, inquirimos sobre el segundo recuerdo, para ver si lográbamos poner tanta certeza en algún aprieto; este fue el resultado: «El segundo recuerdo es en Madrid, y estoy en una habitación grande iluminada por una puerta vidriera

Los buenos conservadores de museos deben ser grandes contadores de historias porque tienen el deber de apasionar a sus públicos con lo que han logrado aprehender antes del estudio de sus colecciones; somos los conservadores de museos los que damos la voz, la luz y la palabra a las piezas



Figura 2. Fotografía de la familia Casamar en el estudio fotográfico de la calle del Pez. Don Manuel Casamar de niño, detrás, con melena y encaje.

por la que se ven árboles, tumbado sobre una camilla pataleando... según me contó mi madre se trataba del Instituto Antidiftérico, y me estaban inyectando la vacuna». Como es lógico no seguimos por ese camino y a partir de entonces le dejamos que dijera lo que le diera la real gana, pero con un cierto orden cronológico para no perdernos.

La luz y los árboles, la naturaleza y unas ciertas maneras de abordar la belleza de las obras de arte que luego formarían parte de su vida dedicada a los museos, se atisban sin dificultad en sus primeras percepciones. Por ejemplo, recuerda con nitidez una foto de familia, de esas que se hacían en los estudios fotográficos de la época y que, como no podía ser de otra forma, siendo Casamar, conserva todavía hoy, en el que la luz sobrepasa incluso el recuerdo de su madre: «Recuerdo vagamente el vestido de mi madre a franjas color violeta, y, por encima, la luz, la luz que entraba por el techo de cristal, envolviéndolo todo. Tal vez sea la luz uno de los dominantes de

mi vida...» (figura 2). Como no podíamos acabar de creernos tanta memoria, dudamos como Santo Tomás y por tercera vez probamos pidiéndole si se acordaba de dónde estaba el estudio. Respuesta sin vacilar: «En la calle del Pez, esquina San Bernardo, en el último piso». A esas alturas del inicio de partido ya íbamos Casamar 3 - Palomero&Clara 0, así que no abundamos más en toda la entrevista por si caía una goleada.

Su padre, militar, era el secretario del General Cavalcanti y con la Dictadura de Primo de Rivera, toda la familia se traslada a Aranjuez. Parece como si la vida le llevase de vergel en vergel. Además de la luz, el agua será otro de los elementos fundamentales en la vida de Casamar y sobre todo su relación posterior con la cultura islámica y el arte: «Y, en Aranjuez, fue el abrirse a la luz, al color, a las plantas, al agua siempre corriendo, siempre pasando. Vivíamos cerca del caz –una de las acequias de riego, la de la margen izquierda– a las afueras de Aranjuez, cerca de Palacio y no lejos

de la estación». Quizás su primer atisbo de lo oriental, aunque fuese por el olor, lo pudo tener en una cajita india de sándalo que regalaron a su madre. Aquella caja tallada con un león (que por supuesto conserva) guardaba siempre su perfume y quizás soñara allí su posterior viaje al Cairo, aquel niño que todavía no sabía que iba a ser el descubridor de alguno de los secretos que guarda la loza dorada. En Aranjuez todavía se conservaba vivo ese aire de residencia de verano de los reyes, a modo de Alhambra madrileña y parajes como el «Deleite de Isabel II» o las visitas en su infancia de los reyes a sus palacios estivales o los recreos de éstos y su corte en las falúas, aún reales, formaron parte de esa infancia feliz de nuestro entrevistado: «El Rey llenaba la vida de Aranjuez con sus visitas y las temporadas de caballos en Legamarejo, en las que corría su cuadra como Duque de Toledo. Y la Reina Madre también, como cuando inauguró la nueva estación del tren, que me asombraba con su esplendor, los techos tan altos y las lámparas tan grandes».

Y además en verano podía remojarse en las fuentes y pasear por los jardines: «Íbamos de la fuente de Narciso a la de Apolo con su teatro de columnas y de la de Hércules a la del Niño de la Espina o a la de Baco... Íbamos a ver a los madereros de los pinares de Cuenca, cuando llegaban por el río andando sobre los pinos, bajando por la presa ante el Jardín de la Isla, que hacían descender con sus garrochas hasta las serrerías de Correcher».

Otro de los privilegios de Casamar niño (figura 3) fue el de ver pintar a Rusiñol en el Jardín del Príncipe y sobre todo sus infinitas visitas a la Casita del Labrador: «Aún hoy, hasta en sueños, muchas veces la recorro y repaso sus salas, habitaciones y sus contenidos: muebles, objetos y tapicerías se quedaron para siempre en mi memoria».

De la escuela de párvulos recuerda lo muy bien que aprendió a escribir toda clase de letras: inglesa, redondilla, española y gótica. Estamos seguros de que todavía hoy las puede repetir y por eso su letra es tan cuidada, tan aseada, sin tachones, acostumbrado a usar plu-



Figura 3. Don Manuel Casamar a la edad de 5 años, hacia 1926.



Figura 4. Fachada de la Universidad de Alcalá de Henares desde la plaza de San Diego. Vistas desde la ventana de la casa familiar.

millas. La ortografía la aprendió sin reglas, leyendo el Quijote en corro y ya con siete u ocho años recuerda que no tenía faltas. Tampoco preguntamos más porque ya no dudamos que es absolutamente cierto.

Hacia 1926, lo recuerda bien, porque fue el año de la hazaña del Plus Ultra, fue cuando dijo por primera vez que quería ser arqueólogo. Con la misma exactitud con la que Gabriel García Márquez describía el día en que el coronel Aureliano Buendía conoció el hielo, así Casamar nos trae de su portentosa memoria una anécdota que podría parecer trivial pero que no lo es, dado que ha acabado siendo cierta: «En la farmacia de Clotilde y Emeterio, junto a nuestra

casa, nos daban propaganda de la Aspirina Bayer en unos libritos en colores contando las maravillas de sus propiedades. Uno contaba, ya sabía leer bien, cómo los arqueólogos se la daban a la momia de Tutankamon, que resucitaba. Por eso cuando me preguntaron qué quería ser de mayor, dije naturalmente, que arqueólogo».

Los buenos conservadores de museos deben ser grandes contadores de historias porque tienen el deber de apasionar a sus públicos con lo que han logrado aprehender antes del estudio de sus colecciones; somos los conservadores de museos los que damos la voz, la luz y la palabra a las piezas. Y, por supuesto, como buen contador de historias orientales, ya desde pequeño, contó cuentos: «Uno de mis primeros cuentos fue el de *Aventuras Descabelladas*, en el que todos los animales del corral capitaneados por el gallo se hacían piratas». Cosa a señalar, casi un misterio, es lo «poco» que ha escrito Casamar para todo lo que sabe; queremos decir que «podía» haber escrito mucho más y eso lo sabemos bien los que conocemos su erudición y su enseñanza permanente. Incluso cuando don Manuel Gómez Moreno lo quiso llevar a la Academia de la Historia, respondió muy humildemente a la aseveración de su maestro «Tú sabes más que muchos de ellos» con un lacónico: «Sí, pero no lo he demostrado». Naturalmente que no estamos de acuerdo, es la calidad y no la cantidad la que muestra la obra de una persona y en eso es difícil llegar a su altura.

Casamar niño fue un gran lector de Salgari: «*La hija de los Faraones* y *El sacerdote del Templo de Ptah* eran unos libros encuadernados y con muchas ilustraciones que había en casa. Egipto colmaba mi imaginación. Me acordé mucho de ellos cuando viví en El Cairo». Y también leyó casi toda la obra de Julio Verne y, como a Peter Pan, seguro que no le hubiese importado no ser mayor de lo feliz que fue su infancia. Pero tuvo suerte, porque en su vida joven, madura y adulta, siguió siempre siendo igual de feliz que el niño que fue y que en el fondo sigue siendo. Él mismo lo dice en la

frase que encabezan sus memorias: «J'ai été un enfant gaté de toute ma vie. Et j'en reste encore. Porque he sido siempre muy querido». Y es verdad. Y un rasgo más del niño Manolito, el orgullo y la sinceridad que en él siempre van de la mano: «Según me han contado en mi casa, yo era el niño mimado de mi abuela materna, que decía de mí: "Este niño tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca" un dicho muy madrileño, por la muerte de don Rodrigo Calderón en la Plaza Mayor. Lo malo es que era y sigue siendo verdad». Sin embargo el orgullo, como todo, tiene dos caras y el suyo nos atrevemos a creer que es el lado más positivo, el de las cosas bien hechas y sobre todo, el de corregir los muchos errores en catálogos de exposiciones o de museos. En eso es inflexible y no lo calla un ejército.

Y de la infancia pasó a una juventud en la que siguió leyendo como durante toda su vida, siendo todavía hoy una de las personas que más lee de las que conozco. Lector voraz y no sólo de libros, sino de revistas y periódicos: «En casa se había leído siempre el *ABC* y *Blanco y Negro* por mi padre, *El Sol* por mi madre y *El Imparcial* por mi abuela, que desde joven se mantuvo liberal, como vieja madrileña. Ella me había enseñado el *Trágala*. No pude resistirme y le dije si lo podría cantar, a pesar de saber que podría ser el 4-0 y así fue: «Ese narizotas, cara de pastel, aquel que reinaba allá en Aranjuez...» y además de entero, lo cantó bien.

La llegada de la República y la salida del Rey fueron acontecimientos traumáticos en cierto modo para su familia, que no pasaron inadvertidos para aquel joven observador. Para él fue la salida del paraíso; se trasladaron de Aranjuez a Alcalá de Henares y con ese traslado quizás se fue su infancia para siempre. La sensación de peligro por los acontecimientos históricos que seguirían quedó reflejada en ese niño libre que correteaba por Aranjuez sin cortapisas en su obligada reclusión ahora en los pabellones militares del edificio del cuartel en Alcalá.

Con todo, Casamar pudo descubrir Alcalá, otra joya que dejaría huella pro-

funda, en la que estaba la imprenta donde se hizo la *Biblia Políglota* y lo que esta significaba: «Y nos fuimos a Alcalá. Con el río y los montes tan cerca y unas puestas de sol maravillosas en el cielo, transparente, líquido como de cristal, en el aire limpio. Cuántas tardes mirándolas, de rodillas en una silla, solitario, apoyado en la ventana abierta sobre la plaza de San Diego con la fachada de la Universidad a mi izquierda, dorada por el sol poniente. Con una máquina de cajón rudimentaria, la primera que tuve, inicié mi carrera fotográfica, y una de mis primeras fotos fue la de la fachada de la Universidad desde esa ventana». Por si alguien lo había dudado, conserva esa foto (figura 4). Casamar conoció esa Alcalá provinciana de curas y militares, muy diferente de la que hoy sale en la bien recreada serie de los sesenta-ochenta Cuéntame rodada precisamente allí.

Fue a los Escolapios, a partir de octubre de 1931, y jugaba en sus patios –no se le olvidan ni el frío ni los jabones (hoy desconocidos para nuestra juventud acomodada)– y cómo sin darse cuenta iban penetrando en su ADN de conservador acontecimientos singulares de la historia de España: «A veces pasábamos al patio trilingüe, era el del antiguo Colegio Trilingüe en el que se estudiaron las tres lenguas bíblicas: hebreo, griego y latín».

En aquel tiempo aparecieron por vez primera en su vida los museos: «Antes de acabar el curso vinimos con el padre profesor a Madrid a ver museos... Desde Atocha vimos primero el Naval; entonces se entraba por la puerta principal de Montalbán con su solemne escalera de mármol, y luego, Castellana arriba, al de Ciencias Naturales con sus pájaros disecados y animales dentro de tarros de alcohol... Cuando volví después de la Guerra, muchos se habían perdido porque en ella no se repuso el alcohol y estaban secos y perdidos, pero aún quedaban las mariposas, los insectos; los cristales y ¡el diplodocus!».

Tuvo un bachillerato feliz, como toda su vida, aprendiendo y aprehendiendo todo y de todo, su mentalidad científica y su rigor descriptivo se con-

forman en estas fechas: «Con el padre Andrés (figura 5) aprendimos a formular –aún me sé los cuerpos simples y los símbolos– y hacíamos prácticas en el laboratorio; íbamos también al gabinete de Física a ver cómo generaba electricidad el carrito de Ruhmkorff o se hacía el vacío en las esferas de Magdeburgo o a practicar los ejes de simetría de los cristales. Era emocionante ver cómo se correspondían las caras; la simetría conformó más mi mente y siempre está subyacente en mi descripción de objetos». Y por si alguien tuviese alguna duda al respecto y quiere saber cuál es el método, opositores incluidos, también lo explica con claridad: «Las descripciones lo son o bien en sentido radial, si el objeto es circular; en diagonal si es cuadrado, y de dentro hacia afuera o al contrario, según manden los motivos, o bien de arriba hacia abajo y de derecha a izquierda si es rectangular. Pero siempre queda asimilado el objeto a una forma cristalina, lo más simple posible y a sus ejes».

Siempre ha sido coleccionista de muchas cosas, desde insectos a sellos: «Mi tío Tomás me dio algunos de los primeros que tuve: el seis cuartos negro de Isabel II y también algunos ingleses de Jorge V. Salvador Hidalgo, hijo de un amigo de mi tío Tomás, me regaló el primer catálogo Yvert & Tellier de los suyos atrasados, en el que practicaba mi francés, y adquirí en él un fuerte vocabulario de los colores en francés, y aprendí entonces a diferenciar matices, que me ha servido de mucho siempre, como cuando en los sesenta y en lo alto de un andamio ayudé a Henri Stern a describir los mosaicos de las cúpulas del Mihrab de Córdoba. Discutíamos sobre los colores de las teselas. Stern me lo agradeció en la publicación». Así es Casamar, nunca da puntada sin hilo. Todo le sirve, todo lo aprovecha, desde la infancia hasta hoy, su vida es un largo e inacabado aprendizaje y un magisterio sin límites. La última vez que lo tuve que presentar como Subdirector General de Museos Estatales a los nuevos conservadores que hacían el curso de prácticas, me cortó a la mitad de la presentación



Figura 5. Don Manuel, niño, en el Colegio de don Andrés, hacia 1926 (segundo a la derecha del maestro, el del mechón).

«Con una máquina de cajón rudimentaria, la primera que tuve, inicié mi carrera fotográfica, y una de mis primeras fotos fue la de la fachada de la Universidad»

con un claro y rotundo: «Palomero, basta ya de alabanzas; vamos al grano!».

Allí manejó a fondo la revista *Toledo*, ciudad que de este modo, empezó a conocer. Aquí aparece pues, en su imaginario personal, la primera referencia a Toledo, ciudades que con Málaga y Granada serán muy importantes posteriormente en su vida y en su obra: «De la revista *Toledo* recuerdo entre otras cosas la foto del *Sol de Orán*, una magnífica custodia de la parroquia de Santa Leocadia que se perdió en la guerra y los *Mosaicos de Erustes*, descubiertos en tiempo de Carlos III y publicados entonces. En uno de los primeros Feriartes salieron a la venta algunos de los grabados iluminados a mano. Aprendí con aquella revista mucho sobre Toledo y que me ha servido mucho después».

En Alcalá despertó para siempre su vocación hacia el arte y la arqueología. Pronto pasó de los insectos y sellos a la cerámica, otra de las grandes pasiones de su vida: «Las excursiones a la búsqueda y recolección de insectos pronto dejaron paso a la recogida de fragmentos de cerámica por los sitios de Alcalá la Vieja y el solar de la antigua *Complutum*».

El paso de la enseñanza de los Escolapios de Alcalá al flamante nuevo Instituto de Enseñanza Secundaria fue una gran suerte para él, porque los nuevos profesores y catedráticos seguían las directrices de la Institución Libre de Enseñanza.

Allí cursó segundo, tercero y cuarto del plan de 1931, que «consistía en no tener libros de texto y estudiar sobre los apuntes que tomase en clase». La música, otra de sus grandes vocaciones frustradas junto con la arquitectura, le llevó a saber cantar y a solfear canciones populares editadas por aquel entonces en los cuadernos Pueblo, y con su profesora Doña Rosario llegó «hasta solfear fugas de Bach haciendo cada uno una voz».

El cine también formó parte de su infancia y juventud, primero en el Salón-Teatro de Alcalá. Aprecia todavía las clases de uno de sus profesores, García Mantilla, que les ponía cine: «Nos puso un reportaje suyo sobre El Escorial del que me impresionó la belleza de la Fuente de los Evangelistas subrayada por él con unas vistas en las que el agua, una de mis pasiones, saltando y reflejándola, me la hicieron inolvidable».

Como alumnas de las Escolapias y gracias a García Mantilla conoció en Alcalá a Curra y Lola Gómez Moreno, sobriñas del que después habría de ser su gran maestro don Manuel Gómez-Moreno.

De las barbaridades de la Guerra habla muy poco, pero sirva de reflexión una anécdota de uno de sus profesores muy queridos, al que vio transmutado de camisa azul en Salamanca, unos años después: «Pasada la Guerra publicó un panfleto muy del momento, olvidándose de lo mucho que por él habían hecho sus maestros. Nada extraño. El agradecimiento rara vez brota en los humanos huertos; prevalece la cosecha del momento. Experiencia que he sufrido bastante en mí mismo». Vaya aviso para caminantes de antes, de ahora y del futuro.

Salamanca-Madrid (1936-1950): Juventud

Época dura y difícil donde la haya para todo el mundo. Manuel Casamar ante la estulticia de Millán Astray de «Viva la muerte!» hizo lo mismo que un servidor

hubiese hecho: refugiarse en el arte o exiliarse a México. Él decidió quedarse aquí porque los dos extremos le eran extremos, aunque su formación de hombre de orden y su familia militar, le hacía mas soportable el primero que el segundo, del que temía el desorden, la revolución y la anarquía del Frente Popular, además no se le había perdido nada por el Distrito Federal, al que yo me hubiera mudado sin dudar. Y encontró en Salamanca su propio oasis de paz: «La vida para mí fue ir descubriendo un mundo de belleza sobre todo arquitectónica en visitas solitarias a iglesias, conventos, antiguos colegios universitarios, alguno en ruinas, llenos de poesía en sus árboles viejos y restos de jardín... y en la Biblioteca General revolví y leí mucho. Sobre todo arte y descubrí a Mâle y sus estudios del mundo medieval».

Su primer montaje de «museo» lo llevó a cabo en Alcalá en el «Hospitalito» de Antezana: «con cosas antiguas del hospital en la sacristía de la capilla de San Ignacio, montamos entre Pablo Rodríguez, Antonio Penalva y yo, lo que nosotros llamábamos el “museo”. Allí le regaló el Padre Juan José de Lecanda su primer libro de arte: el *Manual de Arqueología Sagrada* del Padre Nadal. Y el primer libro que se compró en Salamanca fue el *Manual de Techumbres y Artesonados* de José Ferrandis. Otros muchos vendrían después, incluida su extraordinaria colección de facsímiles, donada a Toledo en su integridad.

Siguió, pues, en Salamanca sus estudios de bachillerato interrumpidos, y en la Biblioteca de la Universidad leyó a Corpus Barga, a Pfandl y a Menéndez Pelayo. De la Guerra recuerda las sirenas y la bajada al refugio de la Catedral Vieja. Por entonces comenzó sus primeras visitas a los anticuarios, costumbre que ya no abandonaría el resto de su vida y que le sirvió para su trabajo posterior en la Junta de Calificación y Valoración de Obras de Arte.

En 1938 compra en la Librería «La Facultad» el libro que sería de cabecera durante toda su vida y que todavía, afortunadamente, lo es: *La Flor Nueva de Romances Viejos* (figura 6) de don Ramón

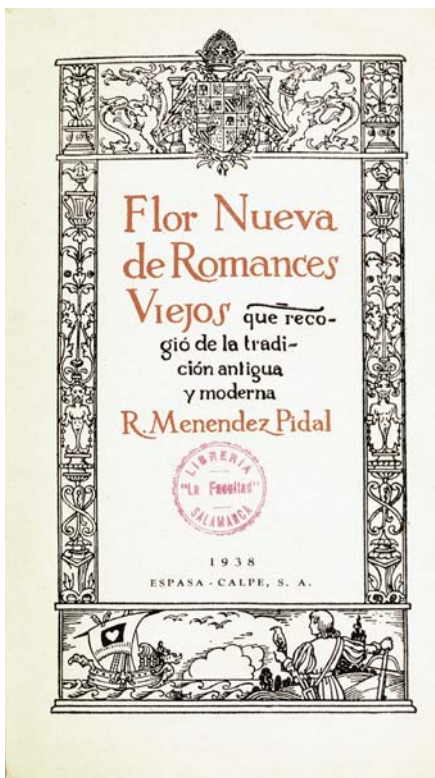


Figura 6. Portada de la primera edición de *Flor Nueva de Romances Viejos* de Ramón Menéndez Pidal, 1938.

Menéndez Pidal en «su primera y bella edición de Espasa, ilustrada por Marco Pérez, recién llegadita de Buenos Aires... Lo que no sabía yo en ese momento, era el regalo que me hacía don Ramón entonces y mucho después, hasta convertirse en mi libro de cabecera, leído y releído durante muchos años, hasta encuadernarse... Aún lo conservo y lo leo». La tenacidad y la memoria fotográfica de Casamar le permiten a lo largo de su vida un ir y venir constante de los más pequeños recuerdos, y utilizarlos con gran acierto en montajes posteriores. Por ejemplo, cuando monta uno de sus últimos museos junto con Navarrete –un compañero de fatigas recientemente fallecido–, el Museo de Cuenca, en el año 1975, dedica una sala a Marco Pérez que todavía se conserva. El primer museo en el que yo ejercí como director fue el Museo de Cuenca y tengo una gran admiración por el dibujo y la escul-

tura de Marco Pérez. Quiero creer que mi primer catálogo de exposiciones fue precisamente de este artista de la Serranía de Cuenca, que realizó la mayoría de los pasos procesionales que hoy forman parte de la Semana Santa conquense. Es otra lección que debo a Casamar de las muchas que luego en Toledo, en el Museo Sefardí, y ahora en Madrid, he podido recibir de este maestro.

Salamanca le proporcionó muchas enseñanzas para su posterior etapa de conservador: «Con la ayuda de don Antonio García Boiza, catedrático de arte en Salamanca, conocí muchas casas, muchas iglesias y conventos de Salamanca de los que hablaría mas adelante con don Manuel: las Bernardas y su ábside como una concha, obra exquisita de Covarrubias; Santo Tomás Cantuariense, edificado pocos años después de la muerte de Becket; San Esteban tan imponente y su retablo, obra maestra de Churriguera; las Dueñas; la Casa de las Muertes, vecina de la de Unamuno, a quien alguna vez vi de lejos en sus paseos, antes de su muerte; la Casa de la Salina; las Úrsulas con la tumba de Fonseca y Acevedo y las Agustinas o la Purísima, por el maravilloso cuadro de Ribera, donde he pasado muchas horas, contemplándolo y también los maravillosos grises del San Genaro, a los que pocos han llegado, o las taraceas napolitanas de mármoles y piedras duras o en la misa de doce en la que tocaba buena música el director del Conservatorio...».

El mes de junio de 1940 fue el de la ocupación alemana de París. La familia Casamar se acababa de trasladar entonces a un Madrid empobrecido por la Guerra. Una de las lecciones mas profundas sobre la Guerra Incivil y su impacto en España la hemos encontrado en sus memorias: «Volvíamos a un Madrid víctima de tres años de guerra, y desde mucho antes, más de un siglo, víctima ya de un país desgarrado por tensiones contradictorias en lucha por el poder de facciones y partidos que entendían la democracia como la oligarquía del partido de turno y de una República que ni pudo, ni supo, hacer la transformación que el país necesitaba a gritos».

Fue esta etapa de una búsqueda espiritual y concentrada del ya joven Casamar. Buscó guía espiritual y la encontró en el Padre Ángel Carrillo de Albornoz y en la Congregación de «Los Luises» madrileña: «Dominaba el alemán, como yo entonces, y este era otro lazo para entendernos. Pocas veces he sido más feliz que en el trato con él. Me dio a conocer los avances en la renovación litúrgica que promovía don Pío Parsch desde su abadía de Beuron que, junto a la nueva simbología inspirada en el arte cristiano, hoy ya son normales en la liturgia actual, pero que entonces y más en España, pertenecían a la actualidad más avanzada, no compartida por la normativa eclesíástica y más la española, enquistada en tradiciones envejecidas y que ha costado mucho desterrar». Como vemos, siempre en la vanguardia intelectual de su época, incluso en sus creencias más íntimas.

Aunque es poco conocido, en sus memorias se refiere al Padre Llanos con admiración: «En el despacho de la Congregación tenía las obras de la Generación del 27, que era la suya, algunas dedicadas. Allí me empapé de ellas como las del Alberti joven que nunca fue más revolucionario ni mejor poeta que entonces... Nos entendimos muy bien y lo acompañé en las campañas de ejercicios y en la vida interna de la Congregación con mi mayor dedicación. En el Pozo [del tío Raimundo] ya no le acompañé porque estaba en Málaga trabajando en sus museos».

Formó parte en esa época del grupo de jóvenes intelectuales que querían reformar la Universidad y volver a las tradiciones de la Institución Libre de Enseñanza (figura 7): «En la Congregación éramos muchos los universitarios que habíamos ido con idea de reformar la Universidad y formábamos grupos por facultades y escuelas técnicas. En el de Filosofía y Letras estábamos Carlos París, Antonio Fontán, Luis Cencillo y yo. Carlos derivó a las filosofías marxistas, Fontán desapareció de repente y Luis y yo seguimos en nuestras propias ideas».

En el año 1944 el Padre Llanos lo acompaña a Aranjuez. Volvía a su vergel de infancia: «La vida en Aranjuez fue volver a los recuerdos de la infancia y



Figura 7. Carnet de la biblioteca de la Universidad de Madrid de don Manuel Casamar, 1941.

también entrar en una infancia espiritual comprendida y gozada desde la comprensión y madurez de mis veinticuatro años, con una carrera universitaria intensa, pero de momento cerrada, especialmente en los dos años de noviciado con sus pruebas realizadas envuelto en una alegría interior continuada en la que apenas hubo sombras».

Ahí estaba sembrado ya lo mejor de Casamar y fructificaría más adelante en una de las vidas profesionales, como conservador de museos, de las que de verdad son ejemplares por su servicio al Estado y de la que daremos cuenta en la próxima entrega con la labor realizada en Granada, Málaga y Madrid en lo mejor de su madurez profesional, de la que seguimos disfrutando hoy sus colegas y amigos.

Su historia es extravagante, como indica el propio sentido etimológico de la palabra, «extra» «vagantis», porque Casamar siempre obró fuera del orden normal de las cosas en su vida. Lo entendió en sus profundas meditaciones en Aranjuez, donde creemos que «nació» dos veces, porque allí ya decidió dar un

vuelco a su vida encaminado a la investigación del arte y la belleza: «Luego me fui dando cuenta de que Dios me había dado unas cualidades, que constituían los pocos talentos que poseía y eran los que tenían que fructificar y comprendí que en el cumplimiento de esa parábola estaba la razón de mi existir».

Pero sería años después, en Granada, en 1955, cuando definitivamente la parábola de su vida tomó forma: «Había permanecido los primeros meses viendo la Alhambra desde la Cartuja y un día subí. Estábamos en la galería baja de Carlos V y de repente, se abrió una puerta y sacaron una gran tinaja del almacén del museo. Fue un vuelco para mí como el que tenía la tinaja al sacarla. En ese momento comprendí que mi verdadera vocación eran la Arqueología y el Arte».

Como dijo Virgilio en la *Eneida* «Panduntur Portae», y las puertas se abrieron de par en par, con esa aliteración latina, que ya no lo abandonaría en toda su vida. Ha tenido suerte y se le han abierto muchas puertas, pero se lo merecía.